

Curro Suárez

Larga vida



m̄r

Curro Suárez

Larga vida

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Curro Suárez, 2024

Diseño de interior: María Pitironte

© Ilustraciones de interior: Andrés Suárez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 494-2024

ISBN: 978-84-270-5211-6

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Introducción

1 — *Mientras amanece*

2 — *Mientras atardece*

3 — *Mientras anochece*

Epílogo. Volver a empezar

1 — *Mientras amanece*



Larga vida a no saber adónde vamos, pero ir;
a asumir el error como parte del camino, a vivir sin saber las
respuestas, sin las cartas marcadas.

Larga vida a los que se atreven, al miedo que motiva y no
inmoviliza, a los que se atreven a dejarlo entrar en casa, para
que forme parte de nosotros, para que nos enseñe que el éxito,
en realidad, es no dejar nunca de intentarlo.

La vida empieza muchas veces.

Mira el cielo cuando está bonito. Huele el café recién hecho. Haz el muerto en el mar y abre los ojos bajo el agua. Observa colores que antes no te paraste a atender. Mira a los ojos de los que te sonríen.

Dile te quiero de mil maneras diferentes. Besa lento, abraza despacio. No tengas miedo a querer rápido.

Hazle fotos al cielo cuando amanece y mándalas a las personas que quieres. ¿Cuántos colores ves en él?

Háblate bien, quíérete bien, mírate bien.

Pregúntate más veces por qué no y no tantas por qué sí.

Quédate cerca de los que te hacen reír, canta en el coche.

Vive despacio, que el tiempo vuela.



—¿Y si tengo miedo?
—Podemos asustarnos juntos.

Silencio, Bruno

¿Cuál es la distancia que separa el miedo que motiva del que bloquea?

Como cuando llaman al timbre de casa una tarde que no estás de humor: a veces sienta mal y haces como que no estás, pero otras veces, sin embargo, es un paquete que llevas tiempo esperando o, incluso, una agradable visita.

Ojalá hacer frente al miedo fuera tan sencillo como hacerte el dormido hasta esperar a que se canse de llamar y se vaya por donde ha venido.

Adiós, Bruno.

¿Es posible ver el miedo desde una perspectiva positiva? Quizás positiva no, pero sí motivante.

Los miedos no cambian, cambiamos las personas. A los miedos se les entiende, se les escucha, a veces se les manda a callar y se les dice, directamente mirándolos a los ojos: «Hoy no».

Silencio, Bruno.

Y es inevitable ver en él al tembloroso niño que todos hemos sido alguna vez, que es la voz de alarma que tenemos dentro para recordarnos que algo nos da vértigo.

Veo a Bruno que se levanta como quien sabe que le espera por delante un día que recordará siempre, aunque ahí no sea del todo consciente. Su madre le prometió que le enseñaría a montar en bicicleta sin ruedines y por fin llegó ese ansiado día marcado en rojo en el calendario.

Se imaginó la noche anterior, justo antes de quedarse dormido, recorriendo el mundo en su flamante bicicleta azul con

algunas líneas amarillas. Por grandes ciudades bajo altos rasca-cielos, por carreteras inmensas que llevan a ningún lugar e, incluso, se imaginaba rodando por el desierto. Puestos a imaginar, ¿quién te dice que no?

Bruno tenía miedo. En realidad, a montar en bicicleta y a muchas cosas más. Pero trataba de ocultarlo con la ilusión que sentía. Era como una balanza en la que a un lado echaba su dosis de miedo, pero se empeñaba en inclinarla del lado de la ilusión que le hacía poder montar en la bicicleta y rodar y rodar, cogiendo cada vez más velocidad.

Saltó de la cama y fue corriendo al cuarto de sus padres que, aún dormidos, trataron de convencerle de que regresase a la cama otro ratito, que aún hacía mucho frío en la calle para salir a coger la bicicleta.

—Mira, hacemos un trato: duermes un poco más, que papá y yo estamos muy cansados de toda la semana, y después desayunamos juntos y vamos los tres a que montes en la bicicleta, ¿vale?

Bruno rechazó, pero aceptó sabiendo que la tregua que estaba firmando duraría poco y en unos minutos volvería a estar en el cuarto pidiendo, no de buenas maneras, que se despertasen.

Se fue de vuelta a su cuarto y como su mente no le dejaba dormir cogió uno de sus múltiples libros y ojeó uno que se titulaba: *Las grandes ciudades del mundo*. Un precioso libro ilustrado que le habían regalado por su cumpleaños hacía poco, con imágenes de las mayores y más bonitas ciudades del mundo.

En todas ellas se veía Bruno con su bicicleta, pedaleando hasta no poder más.

Pero, cada vez que se permitía soñar que rodaba y rodaba por el mundo, aparecía una voz por su cabeza que le alertaba.

¿Y si te caes? ¿Y si no aprendes nunca? ¿Y si no mantienes el equilibrio?

A todo respondía que no era posible, que era capaz de eso y más, se autoconvencía. Como manteniendo un diálogo con su propio yo.

Silencio, Bruno.

Bruno, tras desayunar con sus padres en la cocina, fue corriendo hacia el baño, bajo orden y sugerencia de su padre. Cogió un pequeño taburete que usaba para subirse a él y poder verse bien delante del espejo.

Se lavó los dientes y se mojó el pelo para peinarse. Se miraba y se repetía, ante las voces del miedo que regresaban, que podía. Claro que podía.

Bruno siempre se había considerado a sí mismo un niño poco valiente. Le daba miedo la oscuridad, los perros sueltos e incluso las tormentas. ¿Significaba eso que realmente lo era? ¿O no era más que un autoconvencimiento sin fundamento?

Pero ese día no. Ese día, ante el espejo, mandaba a callar a su Bruno interior.

Hoy no. Hoy no. Hoy no. Hoy no.

Tras peinarse y vestirse corriendo, fue hacia su bicicleta, que estaba en el garaje, a esperar a sus padres.

Iba por los pasillos simulando el ruido de una motocicleta mientras corría.

Se sentó frente a ella a mirarla y cada segundo que pasaba se veía menos capaz de quitarle los ruedines y aprender, por primera vez, lo que era el equilibrio.

Se sentía incapaz.

Justo cuando estaba a punto de volver a su cuarto y decirles a sus padres que mejor mañana, estos aparecieron por el garaje.

—Venga, Bruno. Vamos a ello —le animó la madre ilusionada.

—Silencio, Bruno —se repetía el niño susurrando en voz baja para sí mismo, cerrando los ojos y apretando los puños, justo antes de montarse.

Pasó una pierna por encima de la bicicleta mientras su madre la sujetaba y su padre lo grababa con una cámara de vídeo.

«¿Y si me caigo? ¿Y si se ríen de mí? ¿Y si no puedo? ¿Me haré daño?», pensaba.

Fueron apenas segundos los que pasaron. Pero le dio tiempo a firmar una tregua con sus miedos. No les pidió que se fueran, pero sí que le entendieran.

No es la primera vez que me caigo. Yo mismo me reiría de mí si la caída es graciosa. ¿Y qué? Si no puedo, lo vuelvo a intentar. Si me hago daño, tengo a mis padres. Ya me caí en la calle una vez al tropezar con una pelota y la herida ya hace tiempo que se convirtió en postilla. Ahora encontraba respuestas para pasar del «silencio, Bruno» al «hoy no, Bruno».

Las manos sudorosas apretaban con fuerza el manillar, los párpados dudaban si cerrarse y fiarlo todo a la suerte o si ver cómo el suelo cada vez se movía a mayor velocidad. Los labios de Bruno se apretaban uno contra otro. La madre, ilusionada, le animaba. «Estoy contigo, Bruno, lo estás consiguiendo». El padre, caminando mientras trotaba a su lado tratando de imitar la velocidad de la bicicleta, se emocionaba al inmortalizar ese recuerdo para siempre. Bruno volvió a abrir los ojos, que había cerrado por un microsegundo, preso del pánico. Veía pasar todo a su paso cada vez más rápido.

Hoy no, Bruno.

La mano derecha de la madre se separó del manillar, Bruno lo notó y sonrió sin darse cuenta, pese a pedirle insistentemente un tan tierno como desgarrador: «No me sueltes, mamá». La mano izquierda, que sujetaba el sillín de la bicicleta por detrás, lo iba soltando poco a poco. Bruno estaba solo. El equilibrio es posible.

Bruno miró hacia un lado y hacia otro y vio cómo sus padres cada vez estaban más lejos. Era verdad, estaba solo. Una sensación que nunca había experimentado.

¿Esto era el miedo? Bruno empezó a pedalear y coger velocidad. La madre levantaba los brazos orgullosa; el padre, nervioso, le pedía cuidado mientras le animaba a pedalear más fuerte. Los pelos de Bruno, largos como a él le gustaba tenerlos, se iban moviendo cada vez más con el viento originado por la velocidad. Le entusiasmaba sentirlo.

«¿Lo estás viendo, Bruno?», se repetía el niño a sí mismo, a esa voz interior que le pedía, minutos antes, que no lo intentase.

No lo mandaba a callar, ni siquiera le rogaba que se fuera. Le pedía que viniera a ver como sí podía.